

PRESENTACION LIBRO DIONISIO, INSTIT CERVANTES 18 Noviembre 1994

Aunque la mayoría de los que nos encontramos aquí sabemos quién es Dionisio Cañas --de no ser así, estaríamos en un happy hour, una clase de karate o una biblioteca, acepté el sentarme de este lado de la mesa para ofrecerles una perspectiva de Dionisio que quizás algunos de ustedes desconozcan. Y no les voy a hablar como profesora --ya que para eso está con nosotros José Olivio Jiménez-- ni como compañera de juergas en los bares --pues tengo un hígado que se quita el sombrero ante el aguante infinito del colega--, sino como una escritora puertorriqueña que conoce a Dionisio hace siete, ocho o nueve años.

Lo conocí a larga distancia y como poeta. Claudio Rodríguez y Clara, su mujer, me hablaron de Dionisio con entusiasmo en un bar de Madrid. También me recomendó vivamente que me pusiera en contacto con él su hermano Jesús. Según los tres repitieron con vehemencia, no me iba a arrepentir. Como todo eran maravillas sobre el tal Dionisio Cañas, decidí seguir el consejo y tratar de conocer a aquella joya. Al volver a Nueva York, me lo presentaron en una fiesta, él me regaló un libro ^{suyo} y de inmediato comencé a leerlo.

Su Fin de las razas felices me impresionó muchísimo. Se trataba de de una poesía visual, violenta y apocalíptica. Aún recuerdo las tumbas que llueven sobre Manhattan, los ángeles vestidos de cuero, y los policías con siete alas y gafas de sol. En aquellos días yo estaba en medio de un romance tempestuoso con el Apocalipsis del Beato de Liébana de la Morgan, e inmediatamente conectamos.

Pero no he venido a hablarles de la poesía de Dionisio ni sobre mis amores ilícitos, sino de quién es él, de qué ha hecho. Me concentraré en dos aspectos paralelos de su trabajo. El primero se remonta a los años setenta y está descrito muy someramente en las páginas finales de El poeta y la ciudad. El segundo comienza hacia el final de los ochenta y les aseguro que lo conozco de cerca.

Dionisio llega a Nueva York hacia 1972 y de inmediato se pone en contacto con los poetas que pululan por la urbe. Como a pesar de su aparente anarquía, en el fondo siempre ha sido un organizador nato, se da cuenta de que los poetas puertorriqueños, colombianos, uruguayos, dominicanos y cubanos de la ciudad, estaban inconexos. Probablemente se aglutinaban de acuerdo a sus nacionalidades, consideraban a sus países de origen como los ámbitos culturales de sus obras, y no se habían dado cuenta de que por vivir y trabajar en esta urbe, pertenecían a la tradición centenaria de los poetas hispanos de NY. Los unía la lengua y la metrópolis.

El 4 de marzo de 1977 el poeta Cañas organiza una noche literaria en Hunter College ~~en la que~~^{donde} se vuelca el mundo hispano de la ciudad. En las invitaciones incluye su programa-manifiesto Nueva York Poesía Posible donde figuran algunos de los rasgos distintivos la experiencia escritural urbana: "Poesía en fuga. Desesperadamente huimos de un presente que en nuestros países nos avasalla, nos limita, nos coarta. O simplemente, poesía en fuga por razones personales e individuales. [...] Porque crear en medio de un ambiente lingüístico y de unas circunstancias que nos

son extrañas transforma nuestra poesía, y así la distingue de la que se está produciendo en nuestras naciones de procedencia..."

Tras aquella reunión, el panorama poético de la ciudad se transforma. Los poetas comienzan a hacer lecturas colectivas de sus obras. Comienzan a reunirse, a discutir sus poemas, a comentarlos en grupo. Comienzan a tener conciencia de que no sólo pertenecen a las tradiciones individuales de sus países, sino que también participan junto a José Martí, Federico García Lorca, Juan Ramón Jiménez, José Juan Tablada, Julia de Burgos, Clemente Soto Vélez y Eugenio Florit, de un fenómeno inédito: el de los poetas hispanos de Nueva York.

Y hasta aquí la historia del poeta transformado en animador cultural. Ahora, mi experiencia del mismo poeta convertido en divulgador de una idea. Una de las cosas que más me impresionó al conocer a Dionisio, era cómo aquel castellano de Tomelloso se había identificado con esa mezcolanza de puertorriqueños, dominicanos, salvadoreños, mexicanos, colombianos, argentinos, cubanos, y ese largo etcétera que es esta ciudad. Cómo aquel castellano de Tomelloso se había puesto a leer en serio nuestra poesía, a estudiarla y, sobre todo, a promoverla en su país. Cómo no había imperado la tradicional distancia, sino la identificación profunda. Decidí ir a Tomelloso para dilucidar el misterio y allí descubrí que el este manchego no es un ave rara en lo absoluto. Quizás por eso se siente tan apegado a su pueblo. Una noche de julio de 1990 me llevó a conocer a un vendedor de huevos que había importado a veinte o treinta salseros cubanos para que tocaran en las fiestas de verano de la zona. Aún

recuerdo la inmensa noche castellana y aquel grupo de músicos mulatos que entre canción y canción, celebraban el lechón, el mojito y el Moncada. La luz de La Mancha, esa claridad que viene del cielo, hace de los tomelloseros unos seres especiales.

Desde 1987-88 Dionisio Cañas se ha dedicado a dar a conocer la poesía hispana de Nueva York. Contra viento y marea se ha propuesto hablar de ella en el Escorial, a ofrecerles números monográficos a las revistas literaras de Madrid. Ha presionado y sigue presionando. No se ha dejado vencer ni por la abulia de algunos críticos-poetas a quienes ha pedido colaboraciones, ni por las constantes largas a la publicación de sus trabajos con las que ha tenido que lidiar en alguna revista.

Pero la persistencia siempre da frutos. Ya conocemos la historia de la tortuga y la liebre, o la de la gota de agua que cae en la piedra y tarde o temprano la rompe. En España está comenzando a surgir un interés por el quehacer poético de esta ciudad. Los lectores del otro lado del océano buscan los textos de Manuel Ramos Otero, los editores de algunas revistas solicitan artículos y le dedican secciones enteras a los poetas hispanos de NY. Baste mencionar al Diario 16, al Noticiero del Canal 1 de Radiotelevisión Española, y a las revistas Balcón, Cuadernos Hispanoamericanos, Zurgai y La Luna de Abajo.

Lentamente se vencen los obstáculos, se crea la curiosidad, se fomenta el deseo. Se impone el efecto naipes o efecto dominó. Y todo gracias a este castellano de Tomelloso de hígado poderoso, quien además de hacer él mismo magnífica poesía, le gusta leerla y escribir sobre ella. Y además ha decidido que los otros la

deben aprender a leer.